

CUENTO

EL PASADO EMPEZABA A DESDIBUJARSE

Francisco Proaño Arandy

El cuento de nuestro compañero Francisco Proaño Arandy, "El pasado empezaba a desdibujarse", fue tomado de la antología del cuento ecuatoriano contemporáneo, publicada por Ariel Editores, en un intento por difundir entre los miembros del servicio exterior ecuatoriano, este trabajo que indudablemente constituye una de las piezas de mayor valor dentro de la narrativa corta de nuestro país de los últimos tiempos.

Francisco Proaño Arandy nació en Quito, en 1944. En sus últimos años de estudios secundarios, en el Colegio San Gabriel, se reveló como notable prosista de riqueza barroca. Culminó sus estudios de letras con un brillante trabajo sobre "Los Campesinos" de Ladislás Rey-mont. Cofundador y codirector de la revista "La bufanda del sol", colaboró con otras revistas como "Indoamérica". Integrante del grupo literario "los Tzántzicos", colaboró con las revistas "Hora Universitaria" y "Procontra". A los diecisiete años publica su primer libro: "Poesías", que tiene aceptación en nuestro medio literario. En 1972, publicó su libro de cuentos "Historia de disecadores". Actualmente se encuentra desempeñando las funciones de Cónsul del Ecuador en Moscú.

La señora Quimí guardaba el cofrecito en su cuarto, oculto dentro de un minúsculo armario poblado de extraños signos en alto relieve. El armario permanecía quieto sobre una cómoda y la señora Quimí poseía nada menos que veinte y cuatro llaves y exactamente veinte y cuatro candados y cerraduras. Unas eran llaves para abrir las tres o cuatro puertas dentro de la casa, y otra grande y labrada, para abrir la parte de su calle de siempre, y algunas, diminutas, daban todos los días medias vueltas en armarios y cajas. Cuando tenía que destapar el cofre, la señora Quimí abría antes el izquierdo de los dos cajones superiores de la cómoda. Allí había una llave que abría el baúl al lado derecho de la cama; dentro del baúl se encontraba otra para abrir el armario encima de la cómoda; una vez abierto éste sacaba otra llave metida en una de las patas huecas de la cama, y con esta última lograba al fin levantar la tapa del cofre, cuyas bisagras de hierro chirriaban entonces descubriendo a sus ojos, en la parte más obscura del cuarto, lo que quizá era una de las pocas cosas luminosas en la vida de la señora Quimí.

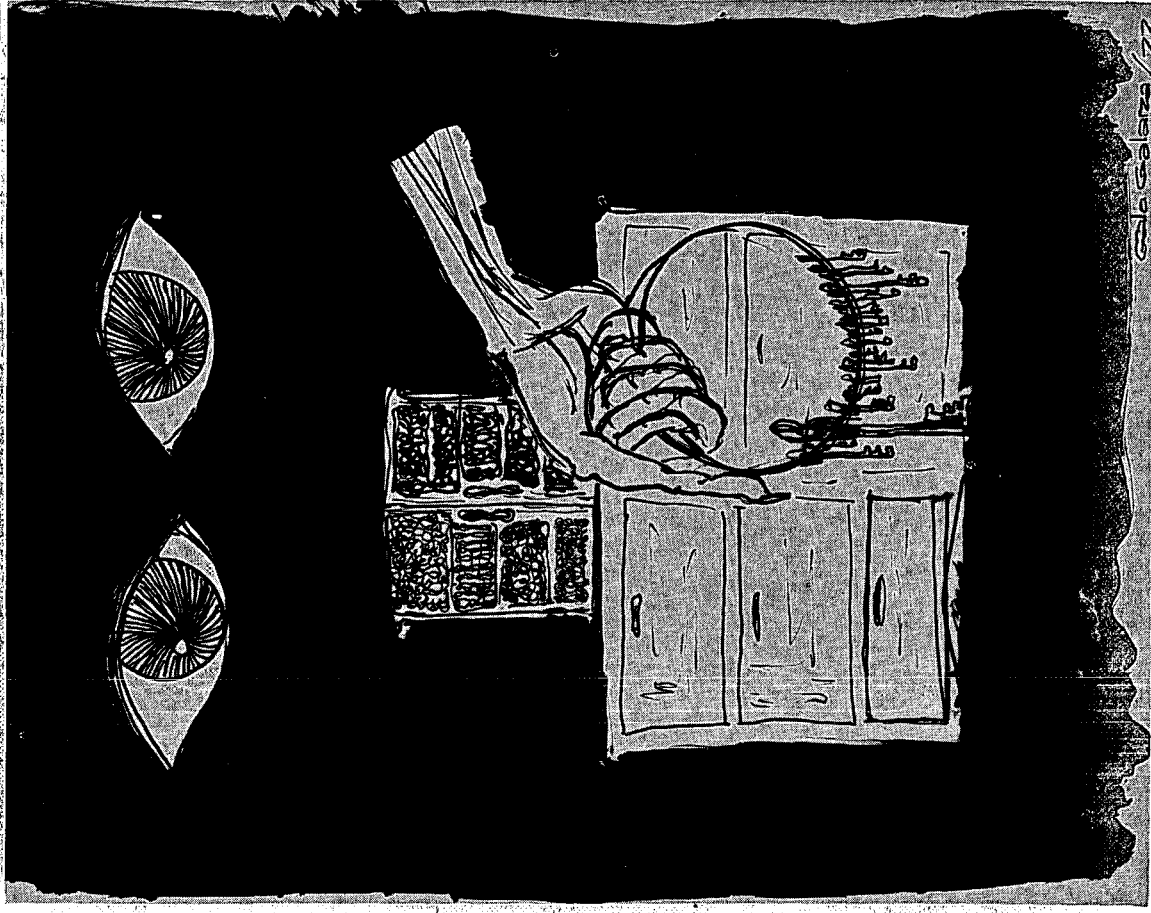
Y no era que le faltasen cosas. Tenía recuerdos que le golpeaban el pecho y olores que le despertaban recuerdos, y cartas amarradas en pequeños paquetes y fotografías amarillentas, y muebles que aún andaban de noche, cuando crujían sus esqueletos de madera.

En horas de barridas y desempolvadas la criada rondaba cerca del armario y el cofre, tratando, con alguna llave extraviada, de producir la forma utilizada por su vieja patrona para descubrir tesoros viejos en cajas y recovecos, o monedas apiladas en montoncitos, o billetes ordenadamente dispuestos y disimulados bajo papeles y telas descoloridas. No obstante, y pese a lo repetido de sus pesquisas, no lograba alcanzar el fondo del secreto, quedándole sólo esperar a que la señora Quimí se le fuesen palabras o que envejeciese al punto de no poder siquiera utilizar las llaves.

Sólo la señora Quimí sabía, sin embargo, que los montones de monedas al fondo del cofre eran cada vez más escasos, que cada día eran menos las filas de billetes junto a las monedas y que semana a semana envejecía más su cuerpo de setenta y setenta y cinco años. Por ello, a veces, sus ojos se quedaban sin brillo, y apenas atinaba a vagar por la casa seguida, aún oculta tras paredes y puertas, por los ojos de la criada capaces de atravesarlo todo.

La criada era cada vez más solícita y creaba en ella costumbres de las que no podía ya desprenderse. El pan remojado en leche de las mañanas, el té de la tarde con sus dos porciones de azúcar y, sobre todo, esas pastillas de casi todos los días contra la artritis, cuando la enfermedad clavaba su dolor en los huesos y torcía sus dedos, obligándole en las noches a levantarse y andar a tientas por la casa, temerosa de regresar a la cama, de volver a esos garfios de hielo que atenaceaban sus brazos.

A medida que pasaban los días la criada iba ocupándose de más y más cosas, en tanto que la señora Quimí permanecía la mayor parte del tiempo en su cuarto, relejendo cartas que hablaban de gentes ya muertas o clavados los ojos en fotografías y recortes de diarios. Cada mañana la criada desempolvaba la casa dejándola reluciente como todas las tardes y la señora Quimí sentía que los cuartos se agrandaban extraña y súbitamente; igual que el día de la muerte de su marido. Pocos eran los cuartos extrañamente agrandados: estrecha y larga la cocina, dormitorio ensombrecido por los altos barrotes de la cama, retreta de muros desconchados y uno o dos cuartos más repletos de recuerdos de su marido: los ternos alineados para siempre en el ropero grande, la baraja del solitario, lámparas, las tres sillas de mimbre, la mecedora que a ratos se balanceaba soli-



ta, la alfombrilla de su gimnasia cotidiana, esa gimnasia de flexiones abajo y arriba, brazos a los costados, ejercicios respiratorios, luego de lo cual la señora Quimí, con su batona amarilla de rosas violetas, debía pasarle cada mañana antes de la siete el vaso de agua tibia, remedio para todos los males, recomendado en toda oportunidad por el señor Quimí a las gentes que le conocían.

Pero no siempre la señora Quimí vestía la batona amarilla de rosas violetas. Una vez al mes se ponía uno de sus viejos vestidos de dos piezas, de colores lacres o grises, y también alguno de sus sombreros con flores: recuerdos de los años cuarenta, y se iba al Seguro con la criada: a cobrar la exigua pensión que le tocaba como viuda de su marido, sempiterno empleado de oficinas de aduana y de misterios.

Ya de regreso llegaba la hora de hacer las cuentas: tanto para la criada, tanto para las compras, tanto para la luz, tanto para el medidor de agua, tanto para guardar en el cofre. Eran esos los días negros de la señora Quimí. Días en que se decía a sí misma que sus ahorros resultaban siempre más escasos, que su pensión de viuda de empleado público debía ser cosa de otros tiempos o que ella misma era cosa de otros tiempos, cuando con uno o dos suaves era posible prepararse cenas y almuerzos, mientras que ahora todo sobrepasaba sus cálculos. Así, frente a verduras rugosas que habían subido fréneticamente de ocho reales a un sucre, a 1,20, de 1,40 y a 1,60; frente a carnes cuyas libras, magras y huesosas, habían subido de 3 a 4, a 6 a 8 y 10 suaves, frente a todas las cosas de las cuales, debía comprar cada vez menos onzas, la señora Quimí sentía que el pecho se le apretaba, durándole tal sensación a lo largo del día y aún a la noche al momento de contar y recontar las monedas del cofre.

La voz de la radio, fluyendo suave e intermitente de la mesa de noche entre el tic-tac del reloj y la penumbra más allá de la lámpara, no dejaba nunca de repetir eso de que no subirían los sueldos ni los salarios, ni las pensiones de los jubilados ni las pensiones de las viudas de los jubilados, y así siempre al levantarse la señora Quimí en el aire tierno de la madrugada y al acostarse, con su gorro de terciopelo deslustrado, cubierta la cara con una buena mano de vaselina.

La criada, a fuerza de esperar que a la señora Quimí se le es-

capasen secretos o que envejeciese al fin hasta no poder ni moverse, podía ya escuchar, desde cualquier rincón, los menores ruidos de la casa: esos pasos lentos de la señora Quimí moviéndose entre muebles y cosas cuya utilidad era ahora revivir sensaciones de un pasado que empezaba a desfigurarse, ese tintineo de las monedas cayendo una tras otra de manos huesudas a la madera del cofrecito, ese roncar de la señora Quimí a medianoche, encorvada y torcidos los dedos, acosada por el zarpazo de la enfermedad. Pero más que oír, era capaz de ver y seguir paso a paso, a través de paredes y puertas y ventanas cerradas de madera, la figura de trapo de la señora Quimí dando vueltas y semicírculos entre los cuartos o inmóvil, a medio subir, en la grada que llevaba al tejado o recortada, emergiendo apenas de la sombra, entre el papel de pared y los barrotes de la cama de su dormitorio. Sólo una cosa escapaba a los ojos ávidos de la criada: el secreto de las llaves que la señora Quimí guardaba para ocultar monedas y cartas que eran recuerdos y pequeñas baratijas que eran imágenes de personas muertas hace ya mucho tiempo.

La criada estaba en la casa de la señora Quimí desde hace meses y esta última, que la sabía de nombre Rosario, y aunque no se había fijado jamás con precisión en su cara, tenía la idea de que era la misma que había servido en la casa de su vieja amiga -su vieja amiga muerta dos años atrás-, cosa que le parecía al recordar, borrosamente, ciertos hechos ocurridos en los viejos tiempos, antes de que el hijo de su amiga desapareciera sin dejar rastros.

Pero no podía afirmar con seguridad que era ella, sólo que en esos ojos de ahora recordaba otros que parecían estar siempre esperando, casi como los ojos de los perros, y en esas trenzas de ahora revivían otras que había visto rematadas por lazos de color brillante, mientras que en el rostro endurecido y maduro pugnaba por asomar otro rostro al que no lograba precisar en sus verdaderos rasgos.

Un gran escándalo había armado entonces su vieja amiga al descubrir tras una tapia coronada por macetas oscuras, que su hijo se abrazaba frénético a la criada, frotándole con las manos la espalda y las piernas, mientras acezaba próximo a la agonía. En esa ocasión ella, la señora Quimí de ahora, agobiada por los recuerdos, había recomendado que se mandase sacando a la criada, pues podrían suceder, sin duda, cosas peores. Pero todo eso había sido hace más

de veinte años, cuando su marido todavía andaba entre los vivos y el hijo de su amiga de aquellos tiempos no había aun desaparecido.

En los años sobrevenidos luego, a partir de esos años, la señora Quimí sintió siempre que aquella antigua mujer había tenido algo que ver con la desaparición de ese hijo, lo que la entremecía de terror cuando descubría no sé qué de familiar en la criada reciente. Gracias a Dios pensaba, ella no tenía hijos y, si no fuese porque la necesitaba, la mandaría sacando como había hecho entonces, hace veinte años, su amiga.

El principio de lo que andando el tiempo se convertiría en verdad tendría que llegar, sin embargo. Ello ocurrió a una hora y un día previstos ya, sin duda, por la criada, quien sabía que la señora Quimí estaba muriéndose lentamente, envuelta en un silencio que era su solo callejón hacia la muerte.

Ese día amaneció lluvioso y esa hora latía socavada por la tris-teza. La señora Quimí sintió como nunca el peso de los años y deseó quedarse acostada, refugiada bajo las sábanas, inmóvil, siendo en esos instantes que la criada, pretextando una necesidad del momento, aprendió de labios de su vieja patrona la forma de abrir el cofre de la plata y descubrir los secretos recónditos de esa vida que ahora se entregaba a sus manos.

Eso fue el comienzo, más, en los días sobrevenientes, y en los días que vinieron después de esos días, la criada era cada vez más la verdadera dueña de la casa. Sabedora de todo, siendo ahora ella la que iba a cobrar al Seguro, ya no tomaba apenas, como al principio, porciones ínfimas de dinero para compras sin importancia, sino que luego, imperceptiblemente con o sin consentimiento de la señora Quimí, se encargaba ella misma de distribuir la plata para todos los gastos, simplificando además el proceso de abrir y cerrar con diversas llaves baúles y cajas, hasta ya no requerir más que de una llave cualquiera.

No era ya necesario esconder las llaves en escondrijos, siendo la verdad que si la señora Quimí hubiese deseado ocultar alguna cosa, habría tenido que inventarse nuevos sistemas, pero estaba ya demasiado vieja para ello, demasiado cansada de andar sus días entre candados y cerraduras.

La criada lo organizaba todo. Cambiaba costumbres antiguas por otras desconocidas, trastrocaba unos muebles por otros, y allí donde antes había la luz ponía sombra, porque las ventanas eran cerradas siempre y abría puertas en sitios donde hasta entonces sólo había permanecido la noche. No dejaba sin embargo de consultar, a veces, con su vieja patrona, aunque siempre de una manera que era más bien exigencia, de modo que no se pudiese dar cuenta sino después de horas y horas, cuando ya no era posible volver las cosas a los lugares y posiciones de antes.

Al faltar el dinero la criada comenzó a vender uno a uno los muebles: primero fueron las sillas de mimbre, luego una mesa, una cómoda, un escritorio, cosas todas que eran reemplazadas por el vacío o por muebles que no eran lo mismo, pues estaban huérfanos de historias y recuerdos. A cada cosa que se iba, la señora Quimí sentía que la casa se agrandaba en bóvedas infinitas, alargada de súbito por el silencio.

Con las cosas desaparecidas se esfumaron también los ruidos de la noche, los ratones familiares dejaron de roer de pronto los travesaños y la señora Quimí ya no pudo reconstruir viejas sensaciones a través de los crujidos de la madera, como lo había hecho en los últimos años creyendo, al despertarse en la noche, que aún flotaba allí cerca el rostro de su marido y que las pisadas de los seres ya muertos aún podía oírse al fondo de las habitaciones. Ahora, un mundo frío y simétrico comenzaba a rodearle, un mundo poblado de extraños armatostes, donde no cabían ni las figuras del papel de pared que todavía persistían frente a sus ojos.

Echada en la cama recordaba como si fuese ayer no más a su vieja amiga aquella del hijo desaparecido- diciéndole que sería bueno que comenzase a vender los muebles, o que vendiese la casa, para así tener algún dinero en sus manos y no estar estrecha de gastos. Pero ella sentía, y había sentido entonces, que desprenderse de esos muebles, sobrevivientes de toda una vida, sería abandonar lo que ella era realmente, para arrinconarse sin esperanza al fondo de un cuarto desolado.

Recordaba asimismo la noticia aquella, repetida en horas tensas de la noche por la voz de la radio, en la que se hablaba sobre un viejo y su cadáver ahorcado. Ella había escuchado, estremecida has-

ta el espanto, que aquel hombre solitario, no había encontrado otro camino que ese de quedar suspendido del techo, allí, en su cuarto del suburbio, en ese turgio de sabandijas, sin cosa alguna del pasado ni del presente.

No obstante, dejaba ahora que la criada vaciase la casa en afán de atesorar dinero y organizarlo todo con otras formas. Inca-paz de oponérsele, la señora Quimí sabía que algo había pasado de sus manos a las de la criada, algo que con seguridad tenía que ver con el secreto de abrir y cerrar el cofre oculto en el armario de su dormitorio.

Un día la criada vino y le habló de su artritis, y le habló de la necesidad de asegurar la vida de quienes se habían ocupado de una en la vida, luego salió, y a la mañana siguiente entró otra vez para decirle cosas similares y así al tercer día y luego durante una semana entera, hasta volver una tarde acompañada por un hombre de corbata y sombrero que dijo ser abogado, pero que miraba con sonrisita extraña, y juntos le hablaron nuevamente de su artritis, de la casa que quedaría abandonada, de lo que la criada había hecho a través de tanto tiempo por ella, y de la conveniencia de que ella dejase las cosas en su testamento para la mujer que le había cuida-do.

La señora Quimí recordó entonces que varias veces, no sólo en los días inmediatamente anteriores, sino a lo largo de las semanas antepasadas, la criada le había insinuado lo mismo. Aprovechando las veces que entraba a arreglar su cuarto o sacar dinero del cofre-ci-to, se quedaba allí parada por unos momentos, hablando de lo que haría para la comida, o del tiempo como nunca lluvioso, o de los objetos que sería necesario vender o comprar, o del testamento que la señora Quimí debía hacer lo más pronto si no quería dejar la casa en manos de quién sabe quienes.

El hombre de corbata y sombrero leyó un documento y la se-ñora Quimí pudo ver que tenía unos dientes amarillos y pudo oír, a la vez, que hablaba de la casa y de la muerte y del amor y la gra-titud. La señora Quimí miró a la criada y vió que esta, una vez que el hombre había dejado de hablar, alargaba el brazo hacia ella con el papel en la mano, y ya sin ánimo para oponerse puso su firma, su firma larga y enrevesada, al pie del escrito.

Una sonrisa iluminó la cara de la criada, una mueca extraña cruzó la cara del hombre. Después, se cerró la puerta tras ellos y la señora Quimí se quedó mirando el tumbado, rodeada por las cosas que aún no habían desaparecido.

A partir de ese día oyó ruidos no conocidos antes, raros ester-tores en cuartos lejanos y a ratos, un silencio que era como un cer-co amenazante alrededor de las paredes de su cuarto. En horas de la noche, -horas que no alcanzaba a precisar- escuchaba chirridos de puertas, pasos de gentes caminando en puntillas y a veces la voz de un hombre susurrando mas allá de la puerta, como si fuese el hom-bre quien escuchaba al otro lado de la madera. Con el transcurrir de los días la voz del hombre fue subiendo de tono, hasta no parecerse en nada a un susurro y hacerse fuerte y mandona. Su grito podría provenir sorpresivamente de cualquier ángulo de la casa y su efecto era igual al de un ácido corroyendo los huesos. A ese grito, los pasos de la criada acudían solícitos, luego habían ruidos de risas o ecos de otras voces, o también llantos interrumpidos por prolongados silencios.

La criada ya no venía mas que para dejarle la comida y sacar la plata del cofre. Entraba sin decir palabra, dejaba el plato sobre el velador y se iba. Cuando la señora Quimí, postrada en la cama, sen-tía retorcionjes en el estómago y debía usar con urgencia su bacini-lla, tenía que gritar largos ratos a la criada, hasta que al fin esta ve-nía y la ayudaba de mala gana.

El polvo cubría ahora las cosas del cuarto de la señora Quimí, puesto que la criada ya no se ocupaba de él. El polvo caía sobre el rostro de la señora Quimí y las telarañas cundían en los vértices del tumbado o entre los muebles, y sus noches eran largas, extremada-mente largas, sembradas de lejanos ladridos, de pasos, de sollozos, de puertas que se cierran y abren, de claridades abruptas en las ren-dijas.

Una tarde tuvo que llamar más prolongadamente que nunca. Había escuchado, antes, entrar al hombre, oído risas y sentido lue-go el aire pegado y algo como un rechinar de camas en algún cuarto. Ella había prolongado su grito y presentado que el efecto de su voz unos rostros debían estar mirándose en el silencio. En susurro, sus

oídos captaban retazos de frases y develaban el peso de la ira. Pasados unos momentos, largos, entró la criada. Traía el rostro endurecido, los ojos brillantes.

Lo supo todo entonces, en esa hora, porque oyó nuevamente hablar de cosas de hace veinte años, y de cómo la criada se había ido y vuelto a regresar, y escuchó broncas las palabras en los labios de esa mujer que decía cosas sobre tугurios, donde los hombres deben hacer colas y donde hay que lavar todo el tiempo el piso para que el semen se escurra, de esa mujer que hablaba otra vez de aquel hijo de su amiga desaparecido y de cómo ese hijo se había largado con ella para Guayaquil y de cómo, al cabo de pasar una y otra noche juntos, unos de por allí lo habían matado y tirado al agua, donde no re-flotó jamás porque nunca lo logran los muertos que andan llenos de plata. Todo lo supo la señora Quimí en esa hora y la criada conoció también que lo sabía todo, y que ya no importaba porque ella al fin y al cabo tenía que regresar, y hacerse cargo de la casa y los muebles

y de todas las cosas sobre las cuales ahora creía tener derecho.

Después se fue y la señora Quimí se quedó mirando el tumbado, cerrando y abriendo los ojos como quien comprende y no comprende a la vez. El cuarto tenía aún su aspecto acostumbrado: el cofre al fondo del armario, el baúl debajo de la cama, la cómoda, los barrotes del lecho, el papel de pared, la penumbra que poco a poco se iba acentuando, mientras ella se arrebujaba en su vieja batona de flores violetas, con la que tantas veces su marido la había visto.

Se sorprendió al oír que la madera de la cómoda crujía disipando el silencio. Pudo ver, de lejos, cartas y monedas dentro de los cajones y todo el montón de baratijas acumuladas a través de los años, testimoniando que alguna vez había existido la vida.

Al cerrarse la noche, la señora Quimí miraba aún las cosas que las sombras trataban de desdibujar en su torno.